

podía permanecer más tiempo fuera de su casa y tan cerca de ella.

— Voy á darles un consejo, dijo el anciano Merivet. Tengo que ir á pasar dos ó tres meses en Argelia para la liquidación de mis espartos... Lidia vendrá en ese tiempo á vivir con la Sra. de Fénigan, á ocupar de nuevo su puesto en el hogar, mientras yo me llevo á Ricardo. El viaje será un derivativo excelente. Esto es lo que siempre le ha faltado, pues ha vivido metido demasiado en sí mismo. Creo que al regreso estará curado; y en todo caso encontraremos aquí al abate Ceres, abierta la Pequeña Capilla, y si Ricardo quiere entrar en ella, se repetirá el milagro que he presenciado tantas veces.

— ¿Cuándo sale V.?

— Lo más pronto posible, mi querido amigo.

— Pues bien, mañana instalo á mi mujer en el Pabellón y pasaremos juntos un día; este será el supremo esfuerzo. Si no estoy contento de mí mismo, si la hago demasiado desdichada, al día siguiente estaré en su casa al amanecer, dispuesto para el viaje.

XIII

Esta primera velada en el salón principal de la quinta, entre su marido y la que nunca llamaba ya sino su madre, fué para Lidia Fénigan de infinita dulzura. Cuando abrió el piano y sus largas manos blancas, persiguiéndose en el teclado, dieron vuelo á los primeros compases del canto divino de Pergoleso, cuyos bajos había entonado Ricardo con desesperación tantas veces durante su ausencia, la misma emoción les oprimió á todos la garganta; sentíanse unidos y amantes para siempre, convertidas sus almas á la piedad y al perdón. Fuera gemía en la oscuridad el cierzo, yendo á rechinar contra los vidrios paquetes de menuda nieve. Nunca había gustado como esta noche el encanto del hogar aquella cabecilla aventurera y vagabunda de Lidia; pareciale que se despertaba de una pesadilla y que volvía á empezar la vida, una vida feliz y sencilla, refugiada

en los brazos de un compañero valeroso, fiel y bueno. Súbitamente se oyeron abajo cantos y risas. Ricardo preguntó: « ¿ Qué hay esta noche ? »

— Las máscaras, pues es martes de carnaval, » contestó la madre; y como el mismo recuerdo pasara por sus mentes, permanecieron un largo minuto sin mirarse. El año anterior, en aquella misma fecha y á hora idéntica, la campana de la verja había sonado con violencia, y varios coches, parados delante de la escalinata, arrojaron al salón que dormitaba hasta ese momento, toda una juventud enmascarada y disfrazada, que bailó mucho tiempo antes de que se presentara Carlejo, en compañía de la deliciosa judería reunida aquella noche en la quinta de Merogis. ¡ Ah, qué poco oportuno eco de carnaval ! Con él entraron el frío y la oscuridad exterior, disipando el buen calor afectuoso que había dentro. Ricardo se levantó: « Vamos, Lidia, es preciso dejar á mamá que deseará acostarse. » La Sra. de Fénigan quiso llamar para que los acompañaran. « Es inútil, exclamó Ricardo, Lidia conoce muy bien el pasadizo. »

Sí, de seguro lo conocía; pero ¿ qué significaban esas palabras? ¿ Era una perversa ironía, la intención de ofenderla evocando horas de afrenta y de locura? En tal caso, el martirio no hacía más que empezar.

Las mejillas de Lidia y sus manos eran de hielo cuando se acercó á su suegra para darle las buenas noches.

Él le había dicho: « Veamos si se puede... en el caso contrario, me iré ». Y realmente, desde que ella estaba de vuelta, durante su largo paseo de la tarde por el parque y el huerto, durante la velada, nada, ni una palabra, ni una mirada, ni un apretón de manos que hiciera alusión al pasado. Sin embargo, no faltaban ocasiones; pero Ricardo parecía evitarlas con infinita bondad y delicadeza, tanto que, habiendo regresado sin grandes esperanzas, empezaba á creer en que volverían la vida y la dicha común. Y lo iba creyendo más cuando se acercaba la hora nupcial y la intimidad de la alcoba. Persuadida de su belleza y de la sinceridad de sus resoluciones, pensaba: « Que sea mío, que lo posea y tengo la seguridad de que nadie me lo arrebatará. » Sólo que después de aquella maldita evocación del carnaval, veníale el presentimiento de que su dicha, tan próxima ya, iba á huir de ella otra vez. Así es que se acercaba á su marido en la oscura alameda. Á cada instante su pie, que resbalaba sobre el suelo helado, le daba un pretexto para apoyarse; el resoplido de los enormes perros sueltos en el parque y que andaban en torno suyo, el choque de las ramas cubiertas

por un cristal de hielo, la puerta de la *isba* que el viento hacía resonar á lo lejos, eran otros tantos motivos de sobresalto que la arrojaban estremecida contra el pecho de su marido.

— Te he conocido más valiente, le decía él, pero sin corresponder á sus caricia.

— Menos nerviosa quizás. Y luego muy quedo : « ¡ He sufrido tanto ! » Lidia esperaba un movimiento de compasión que no se produjo.

Una vez en su casa, fueron primero al estudio, donde los esperaban, lo mismo que en el piso alto, las luces y la chimenea encendidas. Lidia hubiera preferido ir á su dormitorio inmediatamente; pero Ricardo se empeñaba en verla junto á sí real y viva, en aquella habitación donde con tanta desesperación soñara en ella.

— Aquí es donde más infeliz he sido. Me ponía ahí, en ese sillón y pensaba en ti, mirando al camino y el recodo del río después del puente... ¡ Qué espantosas horas !

Ella se quitó su abrigo cubierto de escarcha y poniéndose delante de él con una mano en cada hombro, le dijo : « Te he hecho mucho daño, mi querido esposo ; pero lo repararé á fuerza de abnegación y de ternura. Lee en mis ojos y ten confianza ; te debo mucho, pero te pagaré ; ya lo verás. » Y muy nerviosa trataba de atraerle hacia

la frente que le presentaba : « Vamos á nuestro cuarto, ven... »

Ricardo la separó sin ira pero con firmeza :

— Sube sola ; yo me quedo aquí.

— ¿ De veras ? murmuró ella tan temblorosa que su marido buscó disculpas á su crueldad.

— Es más fuerte que todos los razonamientos. No puedo ; temería hacerte demasiado infeliz...

Lidia le dió la mano, resignada á cuanto él quisiera : « Pues buenas noches. »

La escalera de palo rechinó bajo sus pies y encima se oyeron voces de mujeres. Después Rosa bajó y se fué á festejar el carnaval en casa de los jardineros. Ricardo sabía que Lidia estaba sola en su cuarto ; y agitado por una tormenta interior, fluctuante entre diversos sentimientos, acabó por echarse sobre el diván para pasar allí la noche, como tantas veces durante la ausencia de la mujer querida. Pero ahora estaba demasiado cerca. ¿ Cómo dormir, con la inquietud de su presencia y de su voluntaria separación ? Acusábase de estupidez y de locura, recordando las palabras del vecino : « cuestión de un abrazo. » Dos veces se levantó diciendo : « Voy á ir... » otras tantas se detuvo con lágrimas de rabia. Al fin no pudo más y subió.

La joven estaba en su cama matrimonial, y al lado una lámpara que iluminaba sus brazos, sus hombros, su garganta, desnudos en medio de los encajes de una linda bata de dormir. Al verle, sus hermosos ojos de perla tuvieron una sonrisa de triunfo, pero medio los cerró al punto con prudencia femenina.

— ¿Todavía no te has acostado? le dijo llamándolo graciosamente con la punta de los dedos. Ricardo se acercó lentamente, ocultando el deslumbramiento que le causaba el abandono de aquel hermoso cuerpo que se le ofrecía.

— ¿No tienes miedo de resfriarte? Hablaba bajo, con la boca seca de deseo; pero luego añadió, en tono amargo: « Antes te ponías para dormir camisas subidas, las que yo llamaba tus escafandras.

— Sí, como en el dormitorio del hospicio, contestó ella sonriendo... Pero he querido recordarte nuestra noche de la fonda. Y echando sus brazos en torno del cuello de Ricardo, te dijo: « ¡Qué ruin eres! ¿no ves que te estaba esperando? »

El marido cerró los ojos para resistir mejor, y como en sueños: « Ah, qué noche la de la fonda... Pero ya no puedes producirme la misma embriaguez.

— ¿Por qué?

— Porque todo eso, y señalaba á sus brazos, á sus hombros.... todo eso no es sólo mío, pues lo diste á otro.

Con furioso movimiento quiso apartarse de sus brazos, pero ella le calmó por el desesperado acento con que le dijo: « ¿De modo que no me crees suficientemente castigada, y piensas que la expiación ha sido pequeña? Mira... » Y debajo de la garganta, que seguía estando firme y pura, la herida había arrugado las carnes, formando dos ó tres profundas cicatrices... « Hubo que buscar la bala muy lejos... Aquí tienes la marca que me hicieron, y si supieras cuánto sufrí, á pesar de su cloroformo... »

— ¡Pobre querida mía! dijo Ricardo con lástima. É inclinado sobre sus hermosas carnes martirizadas, sus labios tocaban casi las cicatrices. Pero bruscamente se apartó pensando que la causa del suicidio era otro. Sí, por tu amante, y por rabia, por desesperación de no ser ya amada.

— Te engañas, Ricardo; ya no tenía yo más que odio y desprecio para el individuo de quien hablas. Pregunta á tu madre que me cuidaba y que me oía llamándote en un delirio que no mentía. No pensaba sino en ti, tan bueno, en la suave existencia que me habías proporcionado.

y cuya pérdida lamentaba con desesperación.

— Sí, ya lo sé, tienes buen corazón. Tu deseo sería amarme, proporcionarme esta alegría; pero con todo, si el otro estuviera ahí, si te llamara, bastaría que te hiciera una señal para que me abandonases otra vez.

— Cállate... cállate...

Pero él seguía, subiendo á una ironía feroz. ¿Por qué callarme? La cosa es muy sencilla. Yo soy un tímido, un tartamudo; ni me atrevo ni sé. Y él, sabe tan bien, es tan guapo... Dime ¿te cantó la malagueña? ¿Te hizo cometer pecado de vista y con ese todos los demás?...

— Por piedad, Ricardo.

La joven trataba de cerrarle la boca abrazándolo con sus brazos enlazados, cuando resonó á lo lejos en la sombra un cuerno de caza; al oírlo se puso en pie muy pálido.

De aquella manera se comunicaban en otro tiempo Granburgo y Uzelles. Carlejo avisaba que vendría á comer y Ricardo le contestaba del mismo modo; los alegres sonidos, yendo de una orilla á otra por el trampolín del agua vibrante, hacían fraternizar y reunirse las dos casas.

— Oye, Lidia...

Con la mirada desencajada apretábale las manos como en un torno de fiebre.

— Pero, amigo mío, si es en casa de Clemente... el jardinero...

— No, no... esto sale de Granburgo... ¡Qué bien resuena sobre el agua!... Sabe que has vuelto y te llama como en otro tiempo... ¿Oyes? Y mientras más vibraban en la callada noche los retumbantes acentos de la trompa, más se exaltaba su frenesí. « ¡Cómo se empeña... cómo te desea!... ¿Dormir esta noche con mi mujer? Y como no... sí señor, perfectamente, señor príncipe... Espera, espera que voy á contestarle. »

Y se lanzó á la escalera para volver unos momentos después como si la embriaguez hubiera pasado. Lidia se vestía sollozando. Ricardo se puso de rodillas: « ¿Á donde vas? ¿Qué quieres hacer? »

— No, déjame, no puedo quedarme... Es demasiado terrible para ti y para mí... Pasaré la noche junto á tu madre y mañana me iré, puesto que el perdón es superior á tus fuerzas, pobre amigo mío. »

Á su vez ella lo rechazaba, tratando de defenderse contra el abrazo en que envolvía sus piernas desnudas, los besos insensatos que daba á sus medias húmedas de nieve. Al fin la cogió en sus brazos, la llevó á la cama, se puso á mecerla, á acariciarla con expresiones cariñosas, que por

momentos se inflamaban, convirtiéndose en acentos de ira.

— Debes perdonarme... Me vuelvo loco... ese miserable...

— ¿Para qué hablar siempre de él cuando ha muerto para mí?

— Ah; cuán felices seríamos si hubiera muerto! Pero el monstruo vive y siento que te anda dando vueltas al rededor... Sólo que ¡ay de él si le encuentro! Esta vez nada ni nadie podrá impedirme que lo mate...

— ¿Impedírtelo? Hasta te ayudaría, por el contrario, á causa del mal que me ha hecho... del que todavía me hace privándome de tu amor.

La joven se cogía á su cuello, le hablaba en sus labios y al fin, terminada la frase, cayó extenuada sobre el lecho. Casi sintió Ricardo que no siguiera luchando, persuadido de que todo dependía de ella, del ardor de su deseo y que si sus brazos lo hubieran estrechado con más fuerza, no podría ya rechazarla. Este sentimiento se tradujo en un torrente de frases desesperadas y rencorosas sobre las perfecciones de Carlejo y sus propias inferioridades, un monólogo incoherente, interminable, cuya monotonía y cansancio acabó por sentir...

El cuerno de caza se había callado. En medio del rechinar de la nieve contra las ventanas, el

reloj de la Pequeña Capilla dió las tres. Ricardo se detuvo vivamente delante del lecho hacia el cual doble corriente lo atría y lo rechazaba con fuerza igual; y con voz que tenía la suavidad de una súplica:

— Esposa, niña mía, te lo suplico, acabemos... Dime que me engaño, que ya no le amas. Júrame para que pueda estrecharte sin temor en mis brazos... ¿Lo ves? no contestas... no quieres prometerme nada. ¿Es que todavía eres suya y que te parece duro mentir?... Lidia, contesta, di algo por piedad...

Inclinóse á examinarla, apretó sus manos, pero las encontró inertes y flojas... Estaba durmiendo... durmiendo con pesado sueño de niña, entrecortado por el suave respirar de su boca entreabierta.

¡Y él que se acusaba de atormentarla con frases perversas!... Habría podido continuar así hasta la mañana y más tiempo aún... ¡Dormía!... Amarga risa le sacudió al principio, que dejó luego el puesto á un sentimiento muy dulce, muy tierno, ante aquella manifiesta debilidad, ante aquella postración después de la lucha. Cubrió con las sábanas los hombros y brazos de la joven, llevóse la lámpara al estudio, y allí estuvo paseándose, paseándose sin descanso, oyendo dar todas las

horas en la iglesia del camino, en el templo de la piedad y del perdón, cuya entrada no hubiera creído nunca tan difícil.

Cuando amaneció detrás de la escarcha estrellada de las ventanas, fué á ponerse á la disposición de su vecino.

XIV

Una mañana de Mayo, vaporosa y suave, Chuchín subía por el Sena en su bote de guarda-pesca, provisto de la placa administrativa. Iba de Athis á Evry, buscando á lo largo de la ribera nuevos puntos donde echar las redes en la temporada próxima. Bastaba verle bogar, observar su manera floja de darle al remo, así como sus costumbres actuales de embriaguez y de charlatanería para comprender que el amo estaba ausente y desde hacía mucho tiempo. Todo el río era del guarda-pesca. Los lanchones que bajaban hacia París le daban algún trago que beber y el decía desde lejos cuchufletas á las mujeres de los barqueros y á las lavanderas que trabajaban junto al puente, donde se cantaba mucho más que en todas las arboledas inmediatas. Chuchín acababa de charlar con las lavanderas, que le amenazaban con sus paletas de batir la ropa, cuando al levan-